

mantenido un silencio probablemente sospechoso, es la condición de su lenguaje. Barrera, en este sentido, es casi un esclavo de las fórmulas poéticas de sus libros anteriores. El lenguaje se sostiene fundamentalmente sobre pilares e imágenes, retículas y vértices que comportan más un poema que un relato. El lenguaje es, en suma, poema más que narración en "Herederás un mar...", y es quizá por eso también que los personajes de la obra parecen andar de puntillas, como no queriendo molestar a nadie (y mucho menos al lector). De lo cual podría deducirse, con cierta simpleza, la falacia elemental de negar a esos personajes y a sus acciones la capacidad de violencia. "Herederás un mar..." es, a mi modo de ver, una novela cuyo argumento y estructura (lingüística y narrativa) no sólo está inmersa, sino sumergida de lleno en el mundo latinoamericano, propias del cual son también las inquietudes que mueven a los actantes de la obra y a su propio autor. Lo que ocurre es que ese lenguaje poético que aquí cuenta e imagina está tratado con argumentos también poéticos: los ecos resonarán como música agradable y la violencia quedará limitada a ese enmascaramiento (a ese eco) producido por el mismo lenguaje poético.

"Herederás un mar..." participa, además, de características poéticas desde un punto de vista estructural. El discurso narrativo nada sobre la espuma poética del lenguaje, abriéndose y cerrándose entre anécdotas del pasado e imágenes del presente, para acabar, al final de la lectura, perfectamente cerrado en todos sus ciclos: el real y el imaginativo, papeles que se intercambian a través de ese discurso y que acaban también por disfranzarse ante los ojos de los lectores. "Herederás un mar..." es también, y repito, una de esas novelas que rescata el secular vicio del cuento, la trasposición poética de la realidad en una visión literaria de las obsesiones probablemente personales e históricas del narrador. Lejos de esas obsesiones, en la distancia, el narrador ecuatoriano adquiere la posibilidad de una perspectiva lúcida y lúdica, el juego perenne de los espejos reflejándose sobre



la ciudad de la juventud y aquellas historias vividas y oídas desde esa misma lejanía geográfica.

Característica también de "Herederás un mar..." es, sin duda, la ambición que se escon-

de en cada una de sus páginas y que convierte a Alfonso Barrera en un novelista profesional, lo quiera él o no. La manipulación del mundo novelado, la utilización estructural de determinados elementos prosopométricos, la formulación universal del proceso narrativo de la obra, nos desvelan la contradicción aparente que se esconde en la poética de Alfonso Barrera: intentando negar la profesionalidad del novelista, el novelista ecuatoriano se convierte en profesional, en la medida en que la seriedad de "Herederás un mar..." encierra mucho más que un simple oficio de diletante a veado. De ahí mi particular afirmación: este tipo de novelas consagran, aun a costa de ciertos supuestos literarios del autor, la profesionalidad del escritor. La consagran y la exaltan. Probablemente heredar ese mar y llegar a conocerlo a fondo con la utilización de este lenguaje poético sea la función profesional del novelista Alfonso Barrera. Posiblemente ahí se encuentre el elemento

añadido de la novela del ecuatoriano. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Los raros, a callar

Entre las múltiples consignas abatidas sobre nuestras cabezas en la dictadura franquista, el silencio y el tragar saliva eran, desde luego, de las más omnipresentes. Pero lo cierto es que, merced a las virtudes de la machaconería y el mamporrizo, la mayor parte de las veces no hacía falta que tan sutiles órdenes emanaran directamente de El Pardo o aledaños; la cosa se daba ya tan por sobreentendida, que incluso los difusores de cultura (es decir, los editores, que prácticamente a cada libro se la jugaban) recogían velas ante determinadas realidades excesivamente provoconas.

Una de estas realidades fue la existencia de una generación literaria en los años sesenta que practicaba una escritura demasiado hiriente incluso para aquellos acostumbrados a las crudas

FLORIDA MUERTE

DIFUNTOS bajo los almendros en flor" (1) es otro intento de capturar el tiempo perdido. Treinta y dos cuentos encadenados por el color y el sabor del recuerdo proustiano, como únicas ruinas emergentes en el desierto de "la muerte de los seres y la destrucción de las cosas".

El libro de Baltasar Porcel —publicado en catalán en 1970, y Premio Josep Plá en 1969— aparece ahora en Austral en versión castellana, con traducción del propio autor y prólogo de José Luis López Aranguren, quien llega a calificar a "Difuntos..." como una de las culminaciones de la obra de ficción porceliana.

Con estilo cuidado, afilado y lírico, salpicado de algunas llamadas tremendistas, y un "crescendo" emocional perfectamente maquinado, con economía de palabras y justeza del figuras, este libro es como una tela de araña que termina atrapan-

(1) "Difuntos bajo los almendros en flor". Baltasar Porcel. Selección Austral. Espasa-Calpe. Madrid, 1978.

do al lector en el ambiente que el escritor ha escogido.

La corriente trágica que surca las historias de Porcel se equilibra con la descripción del terso y azulado paisaje balear, y con el fluir sentimental de la narración. El resultado final es un conjunto de historias redondeadas y estrictamente armónicas, llenas de vida y savia imaginativa: realismo mágico de buena ley y a la mallorquina, algo propio, con atisbos autobiográficos entremezclados de fantástica nostalgia. Las cosas son como son, pero también como pudieron o debieron ser.

Una humanidad campesina y elemental, imbuida de prejuicios ancestrales, sórdida en ocasiones y cándida en otras, se despliega en su propio marco, reconstruida por el autor, en un logrado intento de mostrar el ambidestro impulso del destino, cruel o favorable, pero siempre ciego.

El Tánatos, testigo omnipresente en este conjunto de historias, impregna hechos y personajes, y se reafirma desde la primera línea ("Yo



Baltasar Porcel.

sabía que llegaba el Día de los Muertos..."). Junto a él, como amigo inseparable, deambula el Eros; y cercándolo todo, como un sudario vegetal de palpitaciones interhumanas, pueden verse, casi olerse, los almendros, escuchas de la nocturnidad mediterránea y compañeros de la luz. Bajo sus flores madrugadoras, el bien y el mal, siempre con efímeros resultados, agitan la conducta de los seres.

"Difuntos bajo los almendros en flor" es una forma de ver la muerte, en línea con la mejor tradición del sentimiento trágico de la vida. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.